

Una mano altarezada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires . . . ¡Si Juro!
Clamó una, vos más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

PARA VERDADES EL TIEMPO

PARA JUSTICIA DIOS.

TRADICION.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadia
Pero en fama de hidalguia
No son lo mismo cabales.
Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.
Ancha espalda, corto cuello,

Ojo inquieto, torvas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catañura.

Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De són de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho más que á su valor.

Presentóse há pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mujeres
Más falso que caballero.

Hoy pasa, pobre y oscuro,
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
Que vive de malvivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuales ó de qué modos.

Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Ménoa rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasia,
Mozo de más cortesia
Y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados,

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto el gesto en tal manera
Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela más de galan
Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid mujer
Que un agravio recibiera,
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
De quienes, por concluir,
Fáltame sólo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura,
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Amala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para mujer de su honor

Palabras de amor no halla.

El con ánsia la contempla.

Al abrigo del embozo,

Pero el impetu de mozo.

Ante su virtud se temple.

Que es tan dulce su mirar,

Que su luz por no perder,

Cuando se quizo atrever.

Sólo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acénto,

Que para no interrumpirle,

Tener es fuerza al oírle.

Con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado,

Sobre Flándes por Castilla,

Y á los usos de la villa

De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,

Tan cortés la enamoró,

Que ella amor le prometió.

Como él fuere su marido.

• Eso sí, ¡por san Millán!

Dijó Pedro con denuedo;

Y la calle de Toledo

Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina,

Como su amorosa ventaja,

Mas á carreras que á pasaja,

Iba cruzando la plaza.

Y como se iba á ir,

Saltábale el corazón

A cada paso que daba,

Y frotábase ambos manos

Bajo la anchurosa capa.

Los labios le sonreían,

Y los ojos le brillaban.

Al reflejo que en el pecho

Despide la amante llama.

Las gentes le hacian sitio,

Porque cerca no pasara,

Qué, según iba resuelto,

Que fuese audaz recelaban.

Mas él va tan divertida

En sus amores el alma,

Que ni ve donde tropieza,

Ni cura de los que pasan.

Topó al volver una esquina

Una vieja, y al dejarla

Derribada en tierra dijo:

• Nos casarémos mañana.

Enredósele el estoque

En el manto de una dama,

Y rasgándole una terciopelo

Echóla un voto de á varas

Asi dando y recibiendo.

Encontrones y pisadas,

Dió por fin con la hosteria

Donde su amigo jugaba.

Fué á la mesa, y preguntando

A Juan si pierde ó si gana,

Pidió vino y añadióle

• Cuanda acabes, dos palabras.

Recogió Juan sus monedas,

Y terciándose la capa,

Sentóse al lado de Pedro

Diciendo bajo: • ¿Qué pasa?

— Me caso • dijo Medina,

Mírole Juan, á la cara,

Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
— ¿Qué piensas, preguntó Pedro.
— En tí y tu mujer pensaba, —
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada :
— ¿Supondrás que es Catalina?
— Y lo siento con el alma.
— Cómo! — Por que tengo celos.
— ¡Por San Millan! — Yo la amaba.
— ¿Y ella? — Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme. . . — ¡Acaba!
— Para decirle mi amor
Escribirla hoy una carta. •
Callaron ambos : Medina
Remedio al caso buscaba,
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve
Negocio que affige y cansa,
Pidió papel y tintero
Diciendo á Juan : — ¡Por mi alma
Que en mi vida en tal apuro
Vacilar tanto pensaba ;
Y á no serte tú quien eres,
Metiéralo á cuchilladas ;
Pero escribe, y que responda
A cual de nosotros mata. •
Escribió Juan, mas rasgando
Al mejor tiempo la carta,
— Echemos, dijo, los dados
Y al que la mayor le caiga
Si es á mí la escribo al punto,
Si es á tí, Pedro, te casas. —
Tiró Juan y sacó nueve ;

Y asiendo el vaso con rabia,
Tiró Pedro y sacó doce,
Con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
Que curiosa los cercaba,
Parten la calle en silencio,
Dándose entrambós la espalda.

III.

Son á mi pensar los celos
Delirio, pasión ó mal,
A cuya influencia fatal
Lloráran los mismos cielos.
A manos de tal pasion
El más cuerdo desespera,
Pues quien con celos esperar
Atropella su razon.
Si con celos esperar
Es importuna porfia,
Ceder celoso en un dia
Cuanto se amó, no es amar.
De celos verse morir,
Y en silencio padecer,
Son celos tan de temer
Cuanto duros de sufrir.
Y así con celos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con celos ceder
Es igual que delirar.
Si otro más favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el disfavor sentido,
Mas perdido el amor, no.
Porque en quien goza favor

Sobra tal vez confianza,
Y celos sin esperanza
Suelen guardar más amor;
Si favor nunca tuvimos,
Aun es suerte más crüel,
Porque vemos ahora en él
Cuanto bien haber pudimos.

Y así pienso que son celos,
Delirio, pasión ó mal,
A cuyo influjo fatal
Llorarán los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,
Celoso y desesperado,
El bien que Pedro ha ganado,
Más galán ó más feliz.

Por eso en la soledad
Se mesa barba y cabellos,
Sin miran que no está en ellas
Su amante fatalidad.

¡ Oh, que no fueron antojos
Sus amorosos desvelos!
Que el amor que hoy le da celos,
Entróle ayer por los ojos.

« ¿ Y por qué no me atreví, »
Clama el triste en su aflicción;
« Y hoy acaso esta pasión
Pudiera arrancar de mí? »

« Mas volveré, ¡ vive Dios!
Pero qué he de conseguir,
Si la he dejado elegir
Marido de entre los dos? »

Y á su despecho tornando,
Semejábase en su afán
Una fiera á quien están
Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz,
Cruzaba el cuarto sin tino,
Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pié violento
El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás,
Sin reflexion que le acuda,
A la par pidiendo ayuda
A Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin;
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió:
En esto dobló un reló,
En una torre las diez.

Entónces quedando fijos
Exclamó en la oscuridad:
« Hoy se casan, es verdad,
Hace un mes que me lo dijo. »

Ciño con esto el aceró
Con desden á la cintura,
Y salióse á la ventura
La vuelta del Matadero.

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.

Un balcon abierto á medias,
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso són.
Se oye el compas fugitivo
Que llevan con pié veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Despues de traspuesto el sol.
Allí con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizos el cabello,
Que exhala fragante olor;
La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturón,
De donde baja en mil pliegues
Un encaje en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro le regaló,
Lleva en una cruz de oro

La imágen del Redentor.
Tanta ventura en un dia
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazon.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entónces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su són,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasion,
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos
Más bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraon.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vida,
A merced de su pasion.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazon.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,

Húmedos los negros ojos
Con tiernísima afición,
Él diciéndola, « ¡Alma mía! »
Diciéndole ella « ¡Mi sol! »
Entre el són de ardientes besos
De regalado sabor.
En esto en la estrecha calle
Temible ruido sonó
De voces y cuchilladas
En medrosa confusion,
Y al angustiado lamento
De uno que grita : « ¡Favor!
¡Ayudadme, que me matan! »
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol.
Asomóse Catalina
Amedrentada al balcon
Llamando á Pedro afanosamente
De algun daño por temor
Alzó Medina la cara
Y la luz con ella alzó,
Pero apenas al reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró
Lanzó un grito el desdichado
Que partía el corazon,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor,
Y el moribundo Medina
Volviendo el gesto á un rincón,
Hácia una imágen de Cristo,
De quien devoto vivió,
Dijo espirando. « Soy muerto.

« ¡Acorredme, Santo Dios! »
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,
Y exclamando con pavor
« ¡Maldita sea mi alma! »
Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron así los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mujeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entónces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el avele.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces,
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano, el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez más se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra

Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pendencias más de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el alevé.
Catalina le lloraba
Desconsolada y doliente
Minutos, horas y días,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
A padrinos y parientes
Diciendo: «Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.»
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algún viviente.
A través de la reserva
Y el misterio que mantiene,
Curóse al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,

Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente.
Y el talismán de la risa
A sus labios trasparentes,
Y salió ufana diciendo
A cuantos por verla vienen,
Que la vida con que vive
Soló á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretexto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entónces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
A decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienés.
Cruza azaroso la calle
Como si álguien le siguiese.
En estas conversaciones,
Cada vez ménos frecuentes,
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afán y desvelos,
De tan rendida fineza,

Escuchó á Juan una tarde,
 Los ojos fijos en tierra,
 Dulces palabras de amores
 De la balbuciente lengua.
 Instó un dia y otro dia,
 Quedó siempre sin respuesta,
 Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
 Volvió á su silencio ella,
 Pasóse un mes y otra mes,
 Y tornó Ruiz á su tema,
 Y tornó á callar la niña,
 Entre enojada y risueña.
 Mas tanto lidió el galan,
 Tanto resistió la bella,
 Que al cabo la linda viuda
 Dijo á Juan de esta manera :
 • Puesto que es muerto Medina,
 • (¡Dios en su gloria le tenga!)
 • Y por siete años cumplidos
 • Mi fe le he guardado entera,
 • Y él ha visto nuestro amor
 • Allá de la vido eterna,
 • Os daré, Juan Ruiz, mi mano
 • Y mi corazon con ella.
 • Amigo de Pedro fuisteis,
 • Y yo os debo la existencia;
 • Con que es justo, á mi entender,
 • Os cobreis entrambas deudas. •
 Pusóse Juan Ruiz de hinojos
 A los piés de la doncella,
 Y asiéndola las dos manos
 Humildemente las besa.
 Acordáronse las bodas;
 Mas Catalina aconseja
 Que sean cuando él quisiese,

Pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos
 O tarde ó nunca se dejan,
 Y Juan en su mocedad
 Gustó de bulla y de fiesta.
 Así, aunque pocos, convida
 Para que á las bodas vengan;
 Buscó unos cuantos amigos
 Que le alegráran la mesa.
 Trajo vinos los mejores,
 Y viandas las más frescas,
 Y apuntó por hora fija
 De noche las diez y media.
 Gustaba Juan sobre todo
 De cabezas de ternera,
 Y asábalas con tal maña
 Que á cualquier gusto pluguieran.
 Gozaba en esto gran nombre
 Entre la gente plebeya,
 De tal modo que le daban
 El apodo de *Cabezas*.
 Ocurriólo á media tarde
 Darse á luz con tal destreza,
 Y embozándose en la capa
 Salió en busca de una de ellas.
 Mataban aquella tarde
 En el Rastro una becerra,
 Compró el testuz y cubrióle
 Asido por una oreja.
 Volvió á doblar el embozo,
 Y contento con la presa,
 De la calle en que vivia
 Tomó rápido la vuelta.
 Iba Juan Ruiz con la sangre
 Dejando en pos roja huella

Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras,
En esto entrando en su barrio,
Al doblar una calleja,
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca,
Él siguió y pasaron ellos,
Advirtiendo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
Él siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Oscura, sucia y estrecha.
En un rincón embutida
A la luz de una linterna
De Cristo crucificado
Se ve la imagen severa.
Paróse Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.
« ¡Fuera el embozo! gritaron:
Muestre á la luz lo que lleva.
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helóse en las venas
A una memoria terrible
Cuanta sangre hervia en ellas.
« ¡Fuera el embozo! » repiten,
Y él, acongojado, tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano misma.
Quiso hablar, y atropellado
Un ¡dejadme! balbucea,
Deshiciéronle el embozo,

Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.
— « ¡Acorredme, Santo Dios! »
Grita aterrado, y la suelta;
Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.
« ¡Yo le mate! clamó entonces,
Hoy há siete años, por ella.
Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

Y así fué: que aquella noche
De sangrienta confusion,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó,
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor,
Como un iman á una aguja
El arrastra constante en pos,
Como una serpiente á un pájaro,
A una paloma un halcon
Entorpecen y fascinan
Sin que al ni pié veloz
Para huirle les acudan;
A impulsos de su pasion
Anduvo así Juan vagando
De la fiesta en derredor,
Y oia por las ventanas
De danza el confuso són,
Y via cruzar las sombras

Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
Así lloraba acosado
De sus celos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor :
Cerróse en ella á estocadas
Tan sin acuerdo y razon,
Que á cuantos hubo á las manos
Adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
Y Catalina al balcon
De la suerte recelando
Acelerada salió.
Mas al ver cual afanosamente
Curaba ella de otro amor,
Cegaron á Ruiz los celos,
El despecho le embriagó,
Y al tiempo que alzaba Pedro
El brazo con el farol,
Matóle á la faz de Cristo
Como villano á traicion.
De entónces, en les siete años,
Despues del hecho traidor,
Ni una sola vez de miedo,
Por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
Y en ella al cielo ocasion
De mostrar que hay infalibles
Tribunales sólo dos
De irrevocable sentencia,
Sin cotos ni apelacion :
Para verdades el TIEMPO,
Y para justicias DIOS.

GLORIA Y ORGULLO.

; Léjos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!
¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Más fatigosa cuanto más se avanza.
Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el haren de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilita
Alebrío de raquíuticos placeres,
Léjos de mí. — No basta á mi reposc
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.
No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín, libre y sonoro,
De esclavos vilos la menguada tropa,
Ni las llaves de espléndido tesoro.
De un Dios hechura, como Dios concibo ;
Tengo aliento de estirpe soberana ;
Por llegar á gigante enano vivo ;
No sé ser hoy y perecer mañana.
Yo no acierto á decir « la vida es bella, »

Y descender estúpido al ovido;
Amo la vida, porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido
De esa inmensa pasión que llaman gloria
Brotó en mi corazón ardiente llama,
Luz de mi ser me abrasa la memoria,
Voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema.
Ambición de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso,

Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
Sólo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo el murmullo de la excelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blanco insomnio se adormece el alma
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por ésas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca piedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla.
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma,
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento extinto
Tumba Leonidas demandó á Plataea.

Por tí trofeos el cineel aborta
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volúmen careomido y roto,
Y un mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto!

Por eso en mis estériles canciones
El blando són del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones,
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles meneá,
De la fórtola triste el ronco arullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veó las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,

O azota sus escombros amarillos.
; Oh! si sentís esa ilusion tranquila.
Si creéis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruge en la tormenta oscura;
Si al són gozáis de mi cancion que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;
Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreís cuando de amor delire;
Si cuando en negra aparicion nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora,
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el es espíritu á deshora;
Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo extraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;
Si alcanzáis en mi pálida mejilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha;
Todo es una ilusion, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abraza
No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
; Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazon de gloria!
; Gloria! madre feliz de la esperanza
Mágico alcázar de dorados sueños,

Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños,
; Dame ilusiones, dame una armonía
Que arrulle el corazon con el oido,
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido,
; Léjos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra,
Cuando el aura vital falta en el hombre!
; Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazon alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Pindaro y Homero.

EL RELOJ

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compas;
Si al cruzar la extensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detras;
Se fijan allí los ojos,
Y el corazon se estremece,
Que segun el tiempo crece,
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia más bella
Porque se pierde despues,
¡ Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento.
Cual se despliega violento
Desde un negro capitel
El són triste y compasado
Del reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él !

Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblemática,
Que ésta como una anatema,
Colgado en una pared,
Rostro de un sér invisible,
En una torre asomado,
Del gótico cincelado,
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar ;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De ménos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad ;
La envió á reir de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera,
Que ha suspendido en la altura
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reloj ;
El sol alumbrá las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga y ríe y canta

De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detras de la esfera
Algun espíritu yace,
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el día
Para hundirse en occidente,
Asoma la calva frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna,
Alla en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó :
Y por la abierta ventana,
Angustiado el moribundo,
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asume al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sárdónico reír.

¡ Ay ! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito

De nuestro orgulloso sér,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper :
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez,
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también;
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
Que no habrán más de volver,
Y murmurando á compas
Una sentencia crüel,
Susurra el péndulo — « ¡ Nunca !,
¡ Nunca ! ¡ Nunca ! » — vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

NAPOLEON.

« No hay más que yo; doblégnense las leyes
Ante la ronca voz de mis legiones;
Romperé el áureo cetro de los reyes
En su espantada frente á las naciones. »

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron;
Cuando grandes los dos se concibieron,
De hito en hito los dos se contemplaron.
Sentóse el hombre al pié del monumento,
Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
Y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.
De sus cañones el discordo arrullo
Su altivo sér le trajo á la memoria.
« Aquí debí nacer, » dijo su orgullo;
« Aquí debo morir, » dijo su gloria.
Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
« Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga no más será en el suelo.
» ; No valen cien coronas una estrella,
Ni valemos un sol todos los reyes!
« Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
El sol alumbra y quemán nuestras leyes. »
Unos grandes allí su tumba abrieron,

E intentarlo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era sólo á sus piés tender la frente.

Allí depositaron sus despojos
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba humanos ojos,
Se creyeran imbéciles ó enanos.

¡ Aquí está Napoleon! dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,
Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas
El gesto inmoble á Napoleon tornaron:
¡ Aquí está Napoleon! y atrailladas
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las paldas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos
Para oírle, y cayeron macilentas
A su tremenda voz todas de hinojos.
Contó los esqueletos transparentes
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes
Sus vasallos, monarcas ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes,
Gritó hiriendo los huesos con la planta:
« *Yo soy emperador, ¡ fuera los reyes!* »
Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...
Nada en el ancho cóncavo vivía.
Sólo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas,
Sello gigante de gigante gloria,
Porque agobiado con sus hondas huellas,
Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio
Diciendo á los cadáveres hollados
« *Napoleon vino á visitar su imperio,* »
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pié tranquilo,
Y allá á lo léjos saludarle oyeron
Con asombrado adios al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,
Que tiempo al plegar las alas,
La lámpara de la vida
El aire azotando apaga,
Las moles allí quedaron,
Y las osamentas calvas
En las urnas todavía
La voz del ángel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa
Como ataúd y montaña;
Y él duerme al pié de una roca
Entre las ondas amargas,
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas :
Porqué la isla compasiva
Le recogió en sus entrañas,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿ Quién es el gigante ahora ?
¿ Quién de los dos es la página,

Las moles de aquel desierto,
O el nombre de las batallas?
Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios,
Sin antorchas y sin guardas,
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grande,
Ni noticias de su fama.

« ¡ Aquí está Napoleon! » dice tu nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmo aquel hombre
Todo nombre mortal quedó proscrito.
Delante de su nombre anonadados
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder desesperados
Envidian los monarcas de la tierra.
Miró al nacer la miserable gente
A que el destino su destino amarra,
Y viéndose leon alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.
El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pié le ató altanero :
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.
Numeró sus millones de soldados,
Y trepó vencedor á la montaña :
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.
Bajó osado y alegre á la llanura
Como á la fiesta va galan mancebo.

Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compás los ruiseñores
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pié de las pajizas cañas
Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daría
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡ Paz al coloso! — Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fué la fortuna.
Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,

Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.
El te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: « Soy el grande de la tierra,
No tengo en ella ya digno enemigo. »
Grande mi patria te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA MARGEN DEL ARROYO

¡ Que dulce es, ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,

Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando

Ver cómo la yerba blanda
En la margen se le inclina,
Y cómo crece

De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan

Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.